

MEMORIA DE PAPEL

Cuenta la antigua leyenda que hace tantos años como años tantos hace, vivía en este pequeño pueblo, rodeada de felicidad Commemoratiô. Era una diosa que se dedicaba de oficio a recaudar recuerdos, tanto ajenos, como propios. Con delicadeza, la tinta brotaba de su pluma, adhiriéndose al papel, para siempre. Una sensación placentera y escalofriante le recorría el cuerpo al dibujar palabras, describir sentimientos, redactar pensamientos, guardar aquellos momentos que parecían olvidados... En el patio, junto al pozo y bajo la delgada sombra de un ciprés, todos los días trabajaba hasta el anochecer. Cuando el sol se escondía tras las montañas de la isla, dejaba la túnica, las hojas trabajadas y la pluma, todo junto en la orilla de la playa mientras se daba un relajante baño. Olvidaba sus preocupaciones y disfrutaba. Tanto era así, que un día perdió la noción del tiempo y la marea se lo llevó todo. Dicen, que quien encuentre su pluma, tendrá el poder de hacer permanente aquello que escriba.

Mi abuelo era la mejor persona que he conocido. Un hombre alto, robusto, con los rasgos muy marcados. Me acercaba al colegio por las mañanas y me traía a casa por la tarde. Me contaba historias y compartíamos largas tardes viendo películas y jugando al parchís. Fui creciendo con él y sobre todo, gracias a él. Recuerdo que cuando llegaba la noche, me arropaba y después de besarme en la frente, se sentaba en un sillón de mi habitación hasta que me quedaba dormida. Aurelio se llevaba bien con todo el mundo, incluso con los vecinos. Ellos decían que éramos la alegría del barrio, eso nos hacía sentir orgullosos y era otro motivo para ir con la cabeza bien alta cuando salíamos de paseo agarrados efusivamente del brazo. Siempre fue un hombre muy entretenido y compartíamos un irónico sentido del humor. Me gastaba aquella broma en la que fingía haberse dejado las llaves dentro de casa y cuando más agobiada estaba, las sacaba del bolsillo y yo me enfadaba. Pero pasado el tiempo dejó de ser una broma y sucedió de verdad. No le hubiese dado tanta importancia, de no ser por otros incidentes del día a día como cuando se dejaba el fuego

encendido o se olvidaba de ponerse ropa interior.
- Abuelo... Han llegado los resultados del análisis...- Él permanecía en silencio, con inexpresividad en la cara.- Es... una alteración cerebral, es... Alzheimer.

Fue entonces cuando cambiamos los papeles y esta vez era yo la que le arropaba por la noche y la que le contaba aquella leyenda que me había enseñado él. Los dos soñábamos con encontrar la pluma que le devolviera sus recuerdos. Yo sabía que el tiempo pasaría dejando su huella. Mientras tanto vivíamos la historia a nuestra manera, escribiendo con su boca en mis recuerdos para siempre. Pasados los primeros meses, comenzaron a hacerse más graves los que parecían pequeños olvidos. Todo aquello de lo que me habían advertido que veía tan lejano, se aproximó antes de tiempo, golpeando con fuerza casi sin avisar. Aquel hombre tan amable y cercano que me había acompañado siempre, se enfrascó en un mundo propio del que resultaba imposible hacerle regresar. Pasó de olvidar las llaves a olvidar su casa; y de olvidar su nombre a olvidar el mío. Y así fueron pasando los días hasta que olvidó despertar. 21 de julio de 1997.

Dicen algunos que la vida da vueltas, y otros que hay que seguir hacia delante y no andar en círculos. Yo opté por intentar la segunda opción, ya que por muchas vueltas que diese solo podía marearme. Al principio fue complicado: los días se hacían largos y las noches demasiado solitarias. Por las mañanas, subía a mirar su cama vacía y después bajaba a preparar el desayuno. Ponía dos tazas de leche caliente y dejaba la suya sobre la mesilla de noche. Volví al trabajo que había dejado temporalmente y llegaba agotada a casa. Me sentaba en la mecedora frente a su lecho durante los treinta minutos que solía tardar en dormirse y finalmente me acostaba en mi cama, que estaba húmeda y fría.

Vivíamos en una casa frente al mar, en Cantabria. Aurelio dormía en el Ático y yo dormía justo debajo. Pasados unos meses, subí a su habitación para recoger algunas cosas y limpiar un poco. Bajo fotos en blanco y negro, polvo y algún que otro motivo para estornudar, encontré un antiguo diario. <<23 de agosto de 1960, ha nacido mi primera nieta, morena y de ojos grises...>>. Yo no sabía

que Aurelio tenía un diario, lo desconocía por completo, pero continué leyendo y comprobé que era suyo. En las primeras hojas sólo había escrito acontecimientos importantes como su jubilación o mi primer trabajo, pero en las últimas, se centraba más en el día a día.

<<Últimamente me noto distraído, ausente... He vuelto a olvidar las llaves de casa...>> <<Cómo hablar si no encuentro las palabras>> <<Hoy hemos recibido los resultados del análisis...>> y de ahí pasó a escribir rayas y letras sin sentido. Me conmovió por completo.

Me senté en la playa, muy cerca de la orilla a terminar de leerlo, saqué la pequeña pluma que él me había regalado cuando era niña y redacté con todo detalle el final de nuestra historia. Cuando desperté, las olas me hacían cosquillas en los pies, y la marea se había llevado el diario con los recuerdos y los momentos vividos. Pasaron los años y yo... yo... ya no recuerdo el final.